

Número 23

Año I

El Album

DE MADRID
Semanario ilustrado

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: VILLANUEVA, 17.



15-SEPTIEMBRE-1899



MLLE. REGINA

15 céntimos

Polvos LAIS Corrigen las alteraciones de la piel.

Polvos LAIS Conservan siempre un buen aroma.

Polvos LAIS Hermosean y refrescan el cutis.

Polvos LAIS Perfectamente adherentes.

Transmiten al cutis una blancura transparente que no se consigue con los conocidos hasta el día.

Venta en todas las perfumerías y droguerías.

AL POR MAYOR

F. BATRES

5, Glorieta de Bilbao, 5

PRECIOS ECONÓMICOS

"EL FUNERAL,"
AGENCIA DE POMPAS FUNEBRES

Fuencarral, 106. Teléfono 2.304.

Servicios fúnebres completos desde lo más modesto á lo más lujoso.

Coronas, lápidas, traslados y embalsamamientos.

DESPACHO PERMANENTE

FABIÁN MERINO

ENCUADERNADOR

Farmacia, 7.- Madrid.

Especialidad en inscripciones para coronas fúnebres.

AMADOR, FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13.

Especialidad en ampliaciones y retratos de noche.

Hay ascensor.

CENTRO-DE SUSCRIPCIONES

**Y
ENGUADERNACIONES
DE**

Juan Antonio Martinez

Z. PORVENIR, Z.

LA UNION.-(MURCIA)

Este Centro se encarga de la explotación de toda clase de obras, periódicos y revistas para la venta y suscripciones en esta plaza y sus pueblos limítrofes, y dispone de personal capaz para el mayor éxito en esta clase de negocios.

Corresponsal en La Unión de
EL ALBUM DE MADRID

DISPONIBLE

EL ALBUM DE MADRID

15 DE SEPTIEMBRE DE 1899

Les courriers de Ritter

UN VECINO MOLESTO

—Esto es insoportable. No es posible sufrir, eternamente la música monótona de ese rascacielos del diablo, que no parece sino que se ha propuesto hacerme abandonar este alojamiento en que tan á gusto me hallo. ¿Qué necesidad tengo de aguantar las violinadas de mi vecino? Y al menos si variase un poco su melopea... Pero nada, no bien la primera hebrilla dorada del sol se enreda en la aguja de la iglesia de San Martín, hiende el aire el *pi... pi... pipiti...* de ese apreciable joven, que ignora sin duda cuán detestablemente lo hace, y que abusa inicuamente del arco y de la colofonia por la mañana, por la tarde, por la noche... ¡siemore! Preciso es adoptar una resolución enérgica. Me pondré en acecho, y en cuanto asome la espantada cabeza por la guardilla: —«Muy buenas tardes, vecino»—le diré con cortesía: —«Sería usted tan amable que esté tocando un día entero, de cabo á rabo, como suele decirse, para que en toda la calle é islas adyacentes se goce hasta más no poder de su *Stradicariu?*»—Con lo cual me parece que entendiendo la indirecta, quizá se marche con la música á otra parte.

En aquel momento, por encima de los ruinosos tejados,

erizadas de chimeneas y de innominables corcovas, signos de la decrepitud, abrióse frente á mí, rochinando lastimeramente, la herrumbrosa reja de la bohardilla del *ré la mi dó*, y asomó la cabeza del musicastro tan fea como siempre, á Dios gracias, y semejando medio oculta por los secos jaramagos, la hermosa y delicada flor del cardo.

—Vamos allá—me dije—nada se ha escrito de cobarde alguno. Vecino ¿será usted tan amable?..

INFLUENCIA DEL TIEMPO

El músico sacó el pecho fuera como el Tajo, y prestó atención á mis palabras que se desviaron completamente del rumbo preconcebido. ¿Por qué? ¡Vaya usted á saberlo! Me parece que la cosa fué obra del tiempo. En un día desapacible de lluvia ó de huracán, creo que le hubiera dicho lo que pensado tenía y mucho más; pero en una tarde como aquella hubiera sido una lástima mostrar el aspecto brutal y salvaje del hombre.

El cielo azul, transparente, infinito, allá arriba iluminado por el último resplandor del sol poniente, que bañaba á las cosas como con místicos nimbos de Murillo; la brisa vespertina colándose por las abiertas ventanas y jugando con la albahaca y los rosales en las macetas; el loco trinar de un jilguero lejano, que sin arco ni violín, entonaba una sinfonía infinitamente superior á la del joven molesto... todo aquello apaciguaba el ánimo y lo predisponía á acciones harto más suaves que la de mortificar á un ser humano, por mucha razón que hubiese para ello, y la había de sobra.

Así es que, haciendo un movimiento de flanco, continué mi pregunta en estos términos.

—...Tan amable que me diga lo que tocaba usted hace un momento?

El vecino hizo unos cuantos gestos bastante desabridos, al tiempo mismo en que...

Pero esto merece título aparte.

¡POBRECILLO!

—¡Por vida de los moros! ¡Vaya usted á juzgar por apariencias y déjese llevar por primeras impresiones! Ahora resulta que ese mozo me es simpático. ¡Cuanto me alegro de no haberle dicho aquella barbaridad! Hubiera sido verdaderamente cruel. Ciertamente que molesta á los vecinos con su ingrato violín... ¡Pero si no tiene otra voz! ¡Si es mudo!

Volví á asomar y me enseñó un cuaderno de música. Como tengo buena vista, en mejor hora lo diga, pude leer en la portada este título:

LES COURRIERS DE RITTER

—¡Ah!—dije.—Lo que toca usted es *Los Correos*.—Y añadí para mi colete:—Pues nadie lo diría.

Movimiento afirmativo. La curiosidad es indiscreta, y como el mudo parecía bastante dulce de genio, pegué del todo la hebra.

—Advierto que siempre ejecuta usted eso mismo, lo que demuestra que tiene usted cierta preferencia...

El mudo se entregó á una maniobra de música, de la que salió completamente á oscuras, por que soy muy torpe en la materia. Conociendo él mi confusión desapareció por un instante, y reapareció con un pliego de papel de barba, en el que había escrito con enormes caracteres:

—No sé más que esa pieza, pero aunque supiera otras, solo tocaría *Los Correos*.

—Aquí hay un artículo,—reflexioné con igual codicia que la del médico que encuentra un caso.

Al día siguiente visité al mudo.

EL ANGEL MORIBUNDO

Recibíome con la mayor cordialidad, no obstante su aire triston y misantrópico y pareció pedirme perdón por no poder ofrecirme otra más espléndida morada. Dijele yo de todo co-

razón, que antes al contrario, me consideraba muy honrado en aquel limpio cuartito donde se adivinaba el constante cuidado de una mujer. ¡Plancha! Desencajose la cara del mudo y casi creí que me iba á echar de su domicilio según las muestras que dió de disgusto y de sentimiento al escuchar mi cumplido. Luego se suavizó un tanto, y con mil trabajos me hizo entender que allí no entraba mujer alguna, que estaba sólo como un espárrago y que todo lo hacía él en su casa.

—¿Cómo!—le dije.—¿Tan solo está usted?

Respondíome una voccecita muy enchiele allá en un rincón de la estancia, detrás de una cortina blanquísima sujeta á los lados del ángulo por una cinta azul:—¡Papá!—dijo.—¡*Los Correos*!

Corrió el mudo al rincón y plegando la cortina descubrió un pequeño lecho muy limpio, muy blanco, en que yacía un rubio serafín de cuatro años, una criaturita demacrada, traslucida, con unos ojos azules muy grandes y una boquita contraída por enorme queja.

No sé lo que experimenté á la vista de aquel espectáculo. ¡Dios mío! ¡Cuántas maldiciones—y de ellas no pocas mías—habría llevado el infortunado violinista á todas las horas del día y de la noche, en tanto que manejaba el arco de blancas cerdas! ¡Y todo porque daba á su niña el único gusto que podía darle! Sí, después lo supe. Si no hubiese sido por el obstinado capricho de aquella, no solamente hubiese él dejado que se padriera el violín, sino que de un testarazo lo hubiera hecho trizas. Pero la enfermita, casi totalmente paralítica, despertaba en cada instante de su angustioso sueño y le pedía *Los Correos*... ¡Y él le tocaba *Los Correos* aunque pesase al mundo entero!

—Papá, *Los Correos*—repitió la hijita del mudo.

Este me dirigió una mirada que equivalía á un «usted dispense el tostón que voy á darles, y me lo dió completísimo, pues no era posible que un oído medianamente organizado resistiese impunemente aquel desgarramiento de aullidos horribles. Toda poesía, todo sentimiento de caridad caían

á tierra no bien silaba en el aire el primer áspero chillido del infernal instrumento... Ejecutada por el mudo, la hermosa composición de Ritter quedaba enteramente despojada de belleza y se convertía en una especie de satánica galop, bárbara, clirriante, de todo punto inaguantable.

Y, sin embargo, al cabo de unos minutos, aquella bronca urdimbre cayó como ligera neblina celeste sobre la nivea cama y enternó blandamente los ojos del pobre ángel moribundo.

AMOR Y GLORIA

Poco á poco, en los días sucesivos, pudo el músico conseguir que yo le comprendiera, aunque bien sabe Dios que con esfuerzo infinitamente mayor que el que cortó la inteligencia entre el lacedemonio y los heraldos, á quienes mostró como símbolos de paz y guerra, la oliva y la flecha.

La historia del pobrete era de lo más romántico que puede imaginarse. Hubo un tiempo, pocos años atrás, en que le soureía la felicidad. Había llegado á alcanzar cierta gloriosa celebridad como actor barato ó como escribiente en el Ayuntamiento, que de este particular no estoy seguro; y para que nada le faltase, y sin duda también para acreditar que puede un hombre tener camisa y ser dichoso, tocáronle 20.000 reales de la lotería, y se casó con la más hermosa violinista que jamás emulara á Paganini en un café. A los nueve meses justos de haber oído el ramplón epitalámico que le dedicó un su amigo algo poeta, el que todavía podía articular desatinos dijo é hizo los mayores del mundo, cuando loco de placer tomó en sus brazos á una hijita como una avellana que su mujer acababa de regalarle.

EL AMIGO DEL ALMA

Volaron tres años como relámpagos, sin que una sola nuebecilla turbase la tranquilidad del matrimonio, que se consagraba ardorosamente á adorar á la pequeñita. Pero no hay fruta sin su parte amarga, y en aquel hogar la primera gota de acibar apareció cuando la niña empezó á experimentar

los síntomas de una parálisis venida no se sabía de dónde ni por qué. Pero esta duda la resolvió el médico que fue llamado para asistir á la niña; la inocentilla, víctima de secreta y porfiada *malicia*, había tragado mayor cantidad de cal de la que buenamente consentían su estómago y su esqueleto. Aquellas conchitas de cal que las uñitas del diablillo habían arrancado de las paredes, no sólo endurecieron prematuramente los huesos del pobre cuerpecito, sino que corroyeron, poco á poco, los ahorros del matrimonio, sin que se pudiera conseguir que la muerte retrocediese un paso. Llegó el agotamiento de todo recurso; el doctor, aburrido, desapareció como por escotillón, y el amigo algo poeta, que también era algo médico, se encargó de matar empíricamente al angelito y de surtir de apasionados madrigales á la madre, quien primeramente resistió como honrada matrona para caer después como cualquiera otra simple mujer... Causada de luchar con la miseria y de aplacar el continuo llanto de su hija al son de *Los Correos*, que ejecutaba á la perfección, se entregó de lleno á la poesía...

Una noche cayó el marido del mejor de los limbos posibles en que vivía. La paloma torcaz había huido... La enfermita repetía llorando: ¡Mamá, *Los Correos*! Y el ultrajado esposo, á quien un sollazo estranguló el habla, tomó el violín y ensayó por vez primera aquella sonata que tan furibundos «atazos» había de proporcionar, andando el tiempo y donde quiera que habitó á la escandalizada vecindad.

ANGELITOS AL CIELO

Llegó el invierno, y con esta horrible estación el fin inevitable de aquella agonizante lucecilla que temblaba al otro lado de la blanca cortina. Una noche, en el preciso instante en que la luna, helada y reluciente, parecía pasar rozando la cruz de hierro de la torre de San Martín, la niña murmuró con voz, que más que voz era un balido:

—¡Papá!

El mudo se levantó y echó mano al instrumento de suplício, vulgo violín.

—No, no toques, papaito. Ven acá.

Acercóse el padre, y la pequeña, cogiéndole la cabeza con sus flacas manitas, clavó en sus ojos los suyos infinitos, y le dijo:

—Dame un beso.

Y no hubo tiempo para otra cosa, porque, no bien sonó el amoroso chasquido de las dos bocas, el alma cándida de la criaturita tendió el vuelo hacia allá arriba...

LA SINFÓ

Entró en mi cuarto como la galerna, según su costumbre, derribando todo cuanto hablaba á su paso y ahogándose luego con sus impetuosos trasportes.

—Quita, Sinfo.—la dije.

—¿Qué te pasa, hombre? ¿Desde cuándo se recibe así á las amigas? ¡Uf, que frío tan espantoso! Vengo á comer contigo, chiquillo.

—Hoy no como en casa.

Hace dos días que á un amigo le ha sucedido una gran desgracia, y no parece bien que yo me entregue á ciertas diversiones.

—¡Ah! ¿Es por eso? ¡Qué tonto eres! ¿Y qué desgracia es esa?

—Se le ha muerto una niña de cuatro años.

—De cuatro años?—La Sinfo se quedó un momento pensativa. Luego volvió á su locura.—¿Y qué puedes tu remediar? ¡Acaso eres el alcalde de Totana, que se murió porque á un vecino suyo le hicieron un chaleco corto? Vaya manda que nos den de comer. Tengo un hambre atroz. ¡Jesús que niebla tan espesa! Asómate, asómate al balcón y verás.

—No abras, Sinfo.

—¿Qué diablo! Cosa mala nunca muere.

Nos asomamos al balcón. La densa niebla lo invadía todo, cielo y tierra. Apenas se veía la calle desde arriba. Parecióme que se abría la ventana de la guardilla y que unos brazos,

que á través de la bruma se proyectaban gigantescos se agitaban como saludándome.

—¿Ves en aquella guardilla, Sinfo, un hombre que me hace señas?

—¡Pero aquello es un hombre?

—Pues ese es el amigo mío que ha perdido su hija.

—¡Poprecillo! ¡Qué mundo este!—Y pasándose la mano por los desordenados rizos que le caían sobre la frente, murmuró:—Yo también tenía una hija.

Estuvimos un rato silenciosos contemplando el lento rodar de la niebla.

—Oye,—me dijo la Sinfo señalando á la calle,—¿no es aquél tu amigo?

Miré á lo hondo y adiviné más bien que vi al mudo que me hacía un ademán extraño. Se me oprimió el corazón é hice como que le enviaba un abrazo. Mi infortunado amigo entró un instante en la portera de mi casa, salió después y andando con rapidéz en breve se lo sorbió la niebla.

Tomé la capa y el sombrero y corrí á la puerta. La Sinfo me detuvo.

—¡Sinfo, Sinfo, déjame! ¡Ese hombre va á matarse, estoy seguro de ello!

—Vamos hombre que no te vas,—dijo la Sinfo enredándose á mí como la hiedra al tronco.

—¡Suelta, suelta!—grité furioso.

—No, tu quieres engañarme,—y se adhería á mí más fuertemente.

La portera entró en aquel instante con una carta en la mano.

—¡Hé aquí la prueba!—exclamó la Sinfo arrebatando el papel y disponiéndose á leerlo.

La dejó caer. De pronto la vi palidecer, tambalearse y caer de linojos al suelo, arrugando entre sus dedos la carta y sollozando luego, con la frente pegada al suelo.

—¡Mi hija! ¡Mi marido! ¡Dios mío! ¡Qué mala soy, qué mala!...

EVARISTO ROMERO



MARIA MENÉNDEZ

LA JUSTA CRITICA

I

Cuando Jorge Matienzo, después de recorrer con ansiosa mirada las columnas del periódico que entre sus manos temblonas sostenía, vió su nombre impreso al pie de un artículo—el primero que había conseguido ver publicado—un extraño escalofrío, mezcla de alegría y temor, le recorrió el cuerpo, mientras un mundo de ideas invadía su mente. ¡El, escritor público, exponiendo sus pensamientos en letras de molde, para que miles de individuos los leyeran, impregnándose en ellos! Era el sueño dorado, la ilusión más preciada de su vida y entonces, con la inexperiencia de los pocos años y la satisfacción de sus ideales, siendo así que no era más que el paso inicial en una senda peligrosa en que son más los tropiezos que las victorias, más los sinsabores que las alegrías.

Aquello le animó y escribió mucho: primero en periódicos de pequeña circulación, luego en otros de más categoría, su firma campeaba con gran frecuencia, siendo bastante conocida y regularmente apreciada en el mundo de las letras; hasta llegaron á pagarle algunos artículos—pocos ciertamente—privilegio reservado tan sólo á los que puede decirse que son los niños mimados por el hada de los trabajos periodísticos.

No pretendió formar parte de ninguna redacción de periódico político; acaso no lo hubiera logrado, porque, desconocido y sin protectores, no era fácil conseguir un puesto de los que tanto se codician entre la juventud ansiosa de alzar su vuelo; esa lucha de papel á papel, que tiene toda las arterias del fanatismo, aunque se halla generalmente realizada por personas indiferentes, que lo mismo escriben el artículo de fondo que la reseña del último estreno teatral, pareciéndole cosa indigna del verdadero literato y él se sentía con ánimos para ele-


varse por cima de aquello que consideraba como mezquindades humanas.

Tenía facilidad asombrosa para escribir, y de un asunto cualquiera, por nimio y baladí que fuese, hacía un bonito cuento, ó un oportuno artículo, con frases iugeniosas y atildados párrafos. Pero su imaginación no era fecunda, mil y mil veces turturábala en vano, buscando el tenue destello que había de servirle, convenientemente desarrollado, para llenar las cuartillas que á cualquier periódico destinaba. Entonces acudía á su memoria, y en alguno de sus ocultos rincónes, nunca le faltaba una reminiscencia de obras leídas ó frases escuchadas, para hacer algo que no se parecía directamente á lo que le suministraba la inspiración, pues su mayor habilidad consistía en disfrazarlo de modo admirable, pero que no era original ni, mucho menos.

Y de esta suerte siguió escribiendo, y más tarde publicó un libro; la crítica opúsculo de él con relativo detenimiento, y hubo alguien, entre los *élicos del escabello*, que, cogiendo á Jorge en alguno de sus menos disculpables ramuncos (tratábase de una idea hurtada á uno de los más populares escritores contemporáneos), dió la voz de alarma, y ya en poder aquel indicio de los envidiosos, que nunca faltan, y de los desocupados, que tanto abundan, asíéronse á él, y cual nuevo hilo de Ariadna, sirviéronle para ir encontrando todas las supercherías literarias encerradas en el laberinto de las publicaciones de Jorge Matienzo, cuyo nombre fué desde entonces inseparablemente unido á un adjetivo, vergonzoso estigma para un escritor: el de *plagiario*.

II

Pasaron algunos años, y el tiempo, que todo lo borra, fué haciendo desaparecer el recuerdo de aquel literato, hasta que un día apareció, en una de las revistas de más grande circulación, un artículo firmado con el pseudónimo de *El*



Doctor Jormati, que atrajo las atenciones de cuantos lo leyeron; en él no había nada de original, si se quiere; pero de tan admirable manera se hallaban combinados los sublimes y profundos pensamientos de Montalván y Fr. Luis de Granada, de Luis Vives y Cervantes; tal sabor de classicismo encerraban aquellos renglones, que nadie dudó en calificar de escritor castizo, de publicista insigne, al que escondía su personalidad bajo el mencionado pseudónimo, que continuó apareciendo con automática constancia en multitud de publicaciones, siendo recibido con igual aplauso, no obstante la absoluta carencia de originalidad, paladinamente confesada al transcribir íntegras las frases de los grandes genios que florecieron en la literatura de los pasados siglos.

El incógnito se conservaba admirablemente; nadie conocía al autor de aquellos portentosos escritos, que cada día lograban mayor éxito; como siempre ocurre en análogas circunstancias, atribuían á varias personalidades literarias la paternidad de las tales producciones, no sin que los aludidos, sintiéndose alhajados por la suposición, negasen blandamente la especie, pareciendo decir al desmentirlo:—Si eso de que se trata es bueno, ¿de quién, sino mío, ha de ser!

Al fin y al cabo se descifró el acertijo, que más preocupada traía á la gente de pluma, que á Edipo la resolución del enigma de Tebas; después de la publicación de unos *Comentarios al Quijote*, según la opinión unánime, superiores á los de Clemenccin—pero que realmente no eran más que una casi

literal copia de éstos—desbordóse de tal manera el entusiasmo de críticos y revisteros, que no hubo más remedio que descorrer el velo del incógnito, y apareció entonces como autor de aquellos *concienzudos* trabajos, el bueno de Jorge Matienzo, rodeado del nimbo de gloria que á los grandes genios corresponde. Nadie recordó su descalabro de antaño, ó si acaso alguno tenía noticias de él, callósele prudentemente, que no hay medio más eficaz para ver olvidadas antiguas ruindades, que un posterior encumbramiento; vendiáase como pan bendito las ediciones de sus obras—pues varias publicó, todas de análoga índole á la de sus celebrados artículos, esto es, hachas de remiendos, como verdaderos arlequines literarios;—por último, la Real Academia Española le acogió en su seno, y el docto miembro de la misma á quien cupo la alta honra de contestar al discurso de recepción de Matienzo, después de enaltecer en brillantes períodos al que venía con su presencia á encumbrar más y más los altos timbres de la primera corporación literaria de España, consolando á la patria de sus reveses, con los triunfos intelectuales que sus hijos preclaros, como el nuevo académico, han conseguido, terminaba otorgándole pomposamente un epíteto que el interesado escuchó, doblando con estudiada modestia el espinazo, mientras por dentro sonreía melisfólicamente: el de *erudito*.

AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA.





ELVIRA BULNELLI



LUISA VALDES

¡Lo que vale un mal tenor!

Entre los dedicados á la contrata de esclavos cómico-líricos, ninguno tan activo como Pelegrín Mendrugo, ó tan reactivo, según un barba que anda en cañones, hace dos meses por la calle de Sevilla.

—¿Por qué le llama usted el reactivo?—preguntaron al cómico indicado.

—Porque, compañía que forma, se disuelve sin coger el anticipo.

Pelegrín Mendrugo leía todos los días *El Imparcial*. Una mañana, devorando la sección de espectáculos, se dió en las *misérrimas* pestañas con la siguiente noticia:

«Ha llegado á esta corte, procedente de la República Argentina, el opulento empresario de teatros y recovery don Pánfilo Céspedes, que viene á España para contratar la flor y nata de nuestros artistas líricos y á comprar diez mil gallinas de las mejores castas castellanas.»

—¡Cáscaras!—dijo Pelegrín, dando un salto de su asiento.

—Un Pánfilo que viene por cómicos y gallinas? ¡No se irá de caco!

Quitóse la camisa, la volvió del revés y se la puso; se atoró el sombrero á la cabeza y salió de su casa decidido á encontrar á D. Pánfilo.

—¡D. Pánfilo Céspedes, pára aquí?—preguntó en una fonda de las de tres pesetas por persona y cuatro salsas por comida.

—Sí, señor; ¿qué deseaba?

—Deseo hablarle.

—Suba usted esa escalera; en el primer pasillo, á la derecha, el número 13.

—¡Lagarto!—exclamó Pelegrín, subiendo, sin reparar en

el efecto que había causado en el camarero su interjección!—¿Se puede?—dijo al llegar á la puerta del cuarto.

—¡Adelante!—contestó D. Pánfilo, dentro.

Pelegrín entró haciendo más reverencias que en el cuarto de una tiple de *á onza* con dos beneficios.

—¿Qué deseaba?

—Yo soy Pelegrín Mendrugo, agente artístico internacional; he sabido que usted viene á Madrid por artistas para América y vengo á ofrecer á usted mis servicios.

—Es cierto que vengo á eso y á comprar diez mil gallinas. Señor Mendrugo, en los cómicos no quiero gastar mucho; quiero un cuadro igualito y de poco coste; si usted, en estas condiciones, puede formarme el cuadro, tendré mucho gusto en utilizar su ofrecimiento.

—¡Mil gracias! Yo le aseguro á usted que ha de quedar satisfecho; precisamente es mi especialidad; no se pasa día sin que forme dos ó tres cuadros.

—Tendrá usted muchos clientes?

—No, señor; muchos ingleses.

—Vamos á ver, ¿qué tiple puede usted proporcionarme?

—La Pérez. ¡Es una mujer... sin huesos!

—En vocalizando bien...

—¡Ah! Vocalizando, la Pérez, es un prodigio. ¡No canta romanza sin morderse la lengua!

—Eso puede ser un contratiempo para la empresa.

—Tengo otra tiple, la Espárrago; pero hay que tenerla muy sujeta.

—¿Deseña?

—Sí, señor; está cantando el primer acto muy bien, y al segundo, sin saber por qué...

—¿Se va?

—Sí, señor; con el primero que la dice algo.

—¿Y qué tenor tiene usted?!

—¡Un segundo Gayarre! ¡Aflna como no he conocido á nadie! ¡Ya ve usted, ha sido vista de Aduanas!

—¿Qué sueldo pide?

—Dos duros y ropa.

—¡Ropa para salir á escena!

—No, señor; ¡ropa para salir á la calle!

—Entonces no me parece un disparate!

—¡Querrá usted chicas del coro?

—Sí; pero en eso quiero cosa buena; no me gustan esas pipitañas que salen en los teatros de Madrid.

—¡Tengo diez muchachas que, sólo el entonarias, me ha costado un dineral!

—¿En profesor de música?

—No, señor, ¡en aceite de hígado de bacalao!

—Por fin, D. Pánfilo se arregló con Pelegrín Mendrugó; éste le formó una compañía de *tente mientras cobro*, y don Pánfilo se la llevó á América en compañía de las diez mil gallinas.

Mendrugó esperaba de un día á otro recibir una carta de D. Pánfilo poniéndolo como hoja de perejil.

Cuando ya no se acordaba del asunto, recibió un cablegrama que le hizo perder el juicio por un momento.

—¿Tiene usted alguna noticia de la compañía de América?—le preguntó un cómico en la calle de Sevilla.

—¿Que si las tengo? ¡Sensacionales!

—¿Cómo se ha portado el tenorito Pérez?

—Diga usted este telegrama:

«Negocio bárbaro; Pérez es una joya; gracias á los gallos que nos dió, en la travesía, las diez mil gallinas llegaron todas cluescas; en cuarenta días hemos hecho diez millones de pesos.»

—Pero, ¿cómo han sacado tanto?

—¡Vendiendo los pollos de Pérez!

E. LUQUE MÉNDEZ-VIGO.



ADELINA GIL



RITA LOPEZ



Manuel de A. Tolosa.

Alto, delgado y flexible, aires de gran señor, maneras elegantes y espíritu eminentemente mercantil, Manolo de A. Tolosa ha venido á este mundo para ser director de periódico.

Con gran mundología práctica, sabe dar soluciones á las cuestiones más difíciles, quedando él siempre en el lugar que más le conviene.

Escritor correcto y moral en alto grado, dijérase que se calza blancos guantes para escribir sus producciones que puede leer la más pudorosa señorita.

Ha dirigido importantes publicaciones, entre ellas recordamos la *Revista Musical*, *Figaro Ilustrado*, *Los Madriles* (segunda época), *España Artística*, *El Diario Ilustrado*, y en la actualidad es director y propietario de la elegante revista *Bellas Artes*.

Su ánimo emprendedor le llevará lejos, y su actividad reconocida ha de ayudarle poderosamente en sus empresas.

De entendimiento sano y de simpático trato, todos alabamos su carácter y se le considera como un espíritu de niño (de niño con picardías ¿eh?) en un cuerpo de hombre.

Esta es su semblanza.

CÉSAR PUEYO

DOLORA

I

Yo, con mi cuerpo y mi alma, camino por este mundo con la sonrisa en los labios, con el corazón desnudo y todo mi ser envuelto en negro manto de luto.

II

Tú, has encontrado el descanso, en la paz de los sepuleros para tu cuerpo, y tu alma habita un hermoso mundo que yo extasiado contemplo y que bendigo confuso.

III

¡Por qué tan lejos dos almas que antes formaban un nudo?

¡Cabe que haya entre nosotros gloria solo para uno?

—Si —dos pecados lo hicieron, la soberbia y el orgullo.

IV

Ya ha merecido ése cielo tu espíritu, que es muy puro, pero... ¡ay! ¡qué horribles dolores has sufrido en este mundo! —Pide á Dios que mi martirio no sea mayor que el tuyo.

BONIFACIO PEREZ-RIOJA



DESPOSORIOS

Era clara la noche; noche de primavera.

Los árboles se besaban con rítmico balanceo; el aire, tamizado por la celosía de sus hojas, salía murmurando dulces melodías.

Elena, sentada á la puerta de su cabaña, soñaba con purezas, con placeres del alma, con derrotas de la materia...

Los elitros de un insecto hicieron vibrar sus tímpanos con dulce coquilleo y despertó, volviendo á la realidad, dominada por la tristeza nostálgica del recuerdo.

Sobre el verde forraje pacían las ovejas, blancas como los azahares de una novia; como el manto con que Diana, cazadora, cubre sus formas invioladas á la llegada de la aurora. Y en el centro de ellas dos perros, fuertes como el acero, negros como las noches de las eternas maldiciones, revolcándose, se poseían.

Elena los vió; se acordó de su sueño y la virgen; pensó en sus nupcias. Recordó con rabia las frases que antes oyera sonriendo; sus mejillas enrojecieron al pensar en aquel beso del último día, dado con los dientes, sonoro en su principio, callado en su final, flor de un momento engendrado por un descuido, nacido entre reflejos de turquesa, muerto entre pétalos rosa, perfume de un segundo que había envenenado su alma.

Y vió al esposo carnal y fuerte, plétórico de lujuria, y tembló por su espíritu y temió por la vida de aquellas sensualidades ideales que paralizaban los sentidos, huyendo con el alma desgarrada.

.....
Anduvo mucho; pasó bosques y selvas; escaló montañas;

atravesó ríos y llegó á un jardín, iluminado por la luna, perfumado por las rosas, tapizado por lirios y jazmines.

Y Elena lloró, con el llanto de la carne, mezcla inarmónica de himno híbrico y blasfemia, y la virgen volvió á soñar, y entonces aquel jardín era el esposo apetecido sensual en su alma, nada en su cuerpo que sabría poseerla sin tocarla y quiso ser suya.

Tembló gimiendo, sus dedos de hada deshicieron su corpiño, rompieron las tenues ligaduras de su falda, arrancaron á pedazos su alba camisa mostrando turgencias que enloquecían haciendo hervir las aguas al reflejarse en ellas.

Los árboles envidiosos se unieron formando una bóveda de follaje; la luna se burló de ellos, y atravesando sus intersticios pasó sus argentinos reflejos por aquel cuerpo hermoso en sus curvas, bello en sus colores.

Elena sonrió con esa risa que quema corazones y desgarrá entrañas.

La luna se ocultaba en las florestas, los pájaros entonaban sus voluptuosas canciones, y allá en el horizonte se presentía el amanecer.

Las flores de los árboles, agitados por el suave viento del crepusculo, cayeron sobre el cuerpo de Elena cubriéndolo.

Había muerto, imaculada, en sus desposorios con la naturaleza.

CÉSAR JUARROS.



TEDIO

No siento yo pasar treinta años hace
desengaños y penas y amarguras,
sufrir del tiempo las incógnitas duras,
ver que el mundo en mi daño se complace,
no me duele ver cual se satisface
el que me quiere mal en mis torturas
ni que van siempre en más mis desventuras,
ni que mi triste vida se deshace.
Hay algo más cruel que los desprecios
de la suerte, y sus ciegos vamps
y del valer los irrisorios precios;
que á mí me duelen más que cien mil pales
la insolente fortuna de los necios
y el persistente triunfo de los malos!

EUSEBIO BLASCO.

El premio á la virtud

DOLORA

I

No alcanzó el premio á la virtud María
aunque con santa calma
vivió como una niña casta y fría,
casada con el cuerpo y con el alma.

II

Mas lo alcanzó cierta mujer casada
que, con ánimo fuerte,
aunque vivió de otro hombre enamorada,
fue fiel á su marido hasta la muerte.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

CANTARES

Así, á las puertas del cielo,
dos almas piden entrada:
—Yo he llorado mucho, mucho.
—Yo he secado muchas lágrimas.



Padre no tengo, ni madre,
exclamaba el infeliz,
y dijo la Caridad:
—Aquí me tienes á mí.

MELCHOR DE PALAU.



Has hablado mal de mí
y me llegaste á ofender
compañero de mi vida,
pero yo me vengaré.

Mira con mucho cuidado
en dónde pones los pies,
que alguna vez te caerás
y yo te levantaré.

Huye muy lejos de mí
que mi venganza es cruel.
[Ancha es la herida del mal,
pero es honda la del bien]

A. SANCHEZ RAMON

EPIGRAMAS

A un imberbe enamorado,
una mujer de talento
á quien se hubo declarado,
premió el amor del citado
con el siguiente argumento:
—Es usted un adolescente
cuya candidez bendigo;
porque usted... naturalmente...
no tiene lo suficiente
para casarse conmigo.



Gran máquina de imprimir
vende la viuda de Aznar;
el que la quiera adquirir
puede verla funcionar.



El público alborotaba
porque el diestro no acertaba
á cuadrar bien á la fiera;
por lo cual una torera
de este modo protestaba:
—Me alegro que te provoquen
y que los pitos te toquen,
patoso, desaborio,
que siempre te ves perdicío
como no te lo coloquen.

EUSTAQUIO CABEZÓN.

CANTARES

Tengo una virgen en casa
á la cual rezo por tí.
¡La virgen siempre me dice
que no serás para mí!

Con la sal que tú derramas
voy á poner una tienda,
á ver si encuentro quien compre
toda la que tú desechas.

Yo no supe que era amar
hasta el día en que te vi:
aquel en que regañamos
supe lo que era sufrir.

Mi corazón está ardiendo
y tú puedes apagar
las llamas en este incendio.

CONRADO MORA Y LOZANO.

COPLAS

Con la boca y con los ojos
me dijo que la quisiera
y le respondí: ¡Eso es poco!

Por qué no canto, preguntas,
y tú de sobra lo sabes...
¡porque tú tienes la culpa!

Le conté mis cuitas,
atendió mis quejas,
me juró su serviente cariño...
y no he vuelto á verla.

Dices que tu amor es franco
y no lo creo, chiquilla;
ó pretendes engañarme
ó te engañas á tí misma.

¡Ha de pedirme perdón
si no pierde la cabeza
ni le falta el corazón!

F. GIL ASENSIO.

AVISO.

Por habernos ocurrido un accidente imprevisto durante la tirada de EL ALBUM, el presente número llegará con algún retraso á nuestros suscriptores y corresponsales, por lo que rogamos nos dispensen.

AVISO A LAS EMPRESAS PERIODÍSTICAS

LISTA PERMANENTE

Corresponsales que piden paquetes, pero que no pagan:

Alcalá de Henares.—Julian Lobo.

Alcoy.—Miguel Escobedo.

Ávila.—Bruno Sancho.

Cuevas (Almería).—Pedro Pérez.

Granada.—Gabriel Jáuregui.

Santander.—J. C. Meléndez Valdor.

Sevilla.—R. Morilla.

Toledo.—Constantino Garcés, director de *La Campana Gorda*.

(Se continuará.)

IMP. PARTICULAR DE EL ALBUM DE MADRID
VILLANUEVA 17.

EL ALBUM DE MADRID

SEMANARIO ILUSTRADO

SE PUBLICA LOS VIERNES



Redacción y Administración: Villanueva, 17, Madrid



Precios de suscripción

MADRID			PROVINCIAS			EXTRANJERO		
Trimestre.....	2	pesetas.	Trimestre.....	2,50	pesetas.	Trimestre.....	4,25	francos.
Semestre.....	4	»	Semestre.....	5	»	Semestre.....	7,25	»
Año.....	7	»	Año.....	9	»	Año.....	12	»

Número corriente 15 céntimos.—Idem atrasado 25

Las suscripciones empiezan siempre en 15 de cada mes.—Pago adelantado en sellos de correos, libranzas ó letras de fácil cobro.

Anuncios á precios convencionales.

La correspondencia y valores deberán dirigirse al Administrador, Villanueva, 17.—Madrid.

